

## 2. *La música*

Todo empezó (en Estados Unidos también) cierto día de 1952 ó 1953, en que un muchacho de unos veintitrés años, Bill Haley, ensayaba con su guitarra una nueva música (aunque de raíces viejas) cuya característica principal era el ritmo. El ritmo que crece y se expande. El ritmo que comunica y excita. Estaba naciendo el *rock*. La primera consagración vino cuando en 1954, Haley grabó su *Rock Around the Clock*. Quince millones de discos vendidos. Una cifra insólita hasta el momento. El comentarista de discos Alan Freed, creó para designar a esa nueva música, un término afortunado: *rock'n'roll*. La música como flirteo rítmico.

El *rock* surge como oposición (de la juventud) a la música melódica, cálida, sentimental (pero muy facilona y vulgar a veces) de los años cuarenta. Esta música sería revitalizada años después —bajo el designio del *camp*— pero en un contexto y con una función muy distintos.

El *rock* resulta de la introducción de la guitarra eléctrica en la música popular americana. Y se basa en el ritmo (que llega a tener incluso una estructura peculiar) y en la posibilidad de serailable mediante una danza derivada de los ritmos africanos, y que pone en contribución todos los elementos y sentidos del cuerpo a la onda de la música. Así se logra la comunicación, la excitación y el goce pleno del ritmo. Mientras que por el mismo motivo el cantante se convierte en el hierofante de un culto. En el chamán, cuya presencia es carismática, porque él conduce y revela los misterios. Porque él nos hace participar en ellos. En seguida, y junto a Bill Haley, surgieron otros nombres: Elvis Presley (que se ha mantenido como uno de los grandes del *rock* puro), Little Richard, Paul Anka, o Chuk Berry, por ejemplo. La juventud (o los adolescentes mejor) eran —son— los destinatarios de esta música. Superada la crisis de post-guerra los muchachos comienzan —Estados Unidos vive ya en



*Conjunto «Rolling Stones». El ritmo se hace portador de una libertad.*



*Jimmy Hendrix. El rock surge como protesta a la música sentimental y melódica.*

gran medida la sociedad de la opulencia— a tener su propio dinero. Esta propiedad les ofreció la posibilidad de poder pagar las demás propiedades que querían. Trajes, forma de ser, locales de reunión, y música propia. Durante muchos años —recuerdo esas películas de los años treinta y cuarenta con muchachitos muy serios enfundados en pantalones y americanas de cuarentones— los jóvenes, pasada la niñez, sólo deseaban ser adultos. Hombres o mujeres *mayores*. Aparentar más de veintuno. Usaban el maquillaje de la madre, las chaquetas y el sombrero del padre, afilados zapatos de tacón, o corbatas que se sacaban del ropero del hermano mayor, o de la habitación del matrimonio. Los curas y muchos pedagogos —tristísimos— hablaban de la adolescencia como de una edad insegura y maldita. Pero todo ha cambiado. El *rock* impone sus hábitos. La juventud lanza su contracultura. Y la adolescencia (su estilo, aun superando la edad concreta) se hace un ideal de vida. El lado agreste de la calle. Colores, indeterminación, acercamiento de las fronteras masculino-femeninas, pose, pelo largo, moda, música, cultura; la adolescencia se convierte en un estilo de vida. Los que rozan los treinta, o los superan ya, se esfuerzan en aparentar no mucho más de veinte. Y visten como los muchachitos de diecisiete. Los *teenagers* triunfan.

En esa línea, poco a poco, el *rock* abandona la sola novedad de su ritmo, y se hace portador de una libertad, de una manera de pensar. Se hace expresión de una contracultura. Las letras hablan y hacen sentir en la danza —palparla con el cuerpo— esa libertad. El cantante chamán, moviéndose desenfrenadamente, revela la realidad —sin tabúes— del sexo. El *rock* (y la música *pop* en general) tendrá en adelante una constante característica común, por encima de otras diferencias: Ritmo y espectáculo sexual se aúnan. La excitación comunica. Las caderas de Elvis Presley moviéndose, serán después la atracción bisexual de Mick Jaeger, o la desbordante copulación con la guitarra de Jimi Hendrix, en el festival *pop* de Monterrey.

El *rock* es ahora una provocación al mundo pasado del adul-

to. A la moral vital de la burguesía tecnócrata. En 1956 la iglesia y muchas asociaciones de blancos de Estados Unidos, acusan al *rock* de inmoral, y de buscar (cosa nefanda) fusionar a la raza negra con la blanca. Es cierto que el primitivo *rock* dulcificado y sin evolucionar terminará por ser aceptado por esa misma sociedad que en principio lo temía, pero el lado provocativo del *rock* sigue en sus formas más evolucionadas: El *folk rock*, el *acid rock*, o en el espectáculo de ciertos conjuntos como los Rolling Stones, o los *rockers* de estilo *gay*. Ritmo, sexualidad, comunicación, vivencia y provocación (manera de juventud, además) el *rock* —inicio en la música *pop*— marca una clara línea en expresión de contracultura.

Por otro lado, a fines de los años cincuenta algunos cantantes americanos quieren resucitar el *folk-song*, la canción popular, que —sobre la base de aires tradicionales escoceses, ingleses e irlandeses— sirvió ya en los primeros años de vida de la Unión, para expresar el amor del pueblo y los conflictos sociales. El *folk-song* (que puede ser simplemente *folk* o canción protesta) se hace la voz de las aspiraciones de la nueva juventud. Una música popular tradicional, con letras renovadas o nuevas, en las que se habla contra los *amos de las guerras*, contra los que oprimen a los negros, y se presiente —cantando— que algo va a cambiar, que el mundo es nuevo, que el actual estado de las cosas no es eterno. Esto es el *folk-song*. Alcanza su primer gran éxito de juventud en 1961, con un muchacho que se acompaña al cantar con una guitarra clásica: Bob Dylan. De 1961 a 1965, los grandes años del *folk*, Dylan canta *Blowing in the wind*: Flotando en el viento. ¿Cuántos caminos tendrá que recorrer el hombre, antes de que se le pueda llamar Hombre? *The answer my friend is blowing in the wind, the answer is blowing in the wind*. La respuesta, amigo mío, está soplando en el viento, la respuesta está cantando en el viento. Joan Baez —otra de los grandes del *folk*— canta *We shall overcome*: Nosotros venceremos. *Blues* y canción folklórica politizados, como vehículo de las aspiraciones de un nuevo poder: la juventud.

Pero en 1965, en el festival de Newport, Bob Dylan, actúa con guitarra eléctrica. Sus seguidores protestan. Se sienten frustrados. Y Dylan vuelve a cantar con su vieja guitarra: *It's all over now, baby blue*. Su despedida del *folk-song*. A partir de ese momento *rock* y *folk* se combinan, y surge el *folk-rock*.

En esos años el *rock* clásico (salvo los que se habían estancado o comercializado en él) evoluciona. Del *rock* surgen los Beatles, y después los Rolling Stones (más violentos), los dos grandes conjuntos de la música *pop*. De él —pero siempre más allá en música, en significado y en actuación— surgen también Jimmy Hendrix, e incluso Janis Joplin (aunque en ella unido al *blues* tradicional).



*Jimmy Morrison, cantante de los Doors.*

A partir de esa evolución del *rock*, su unión —más o menos importante según los casos— con el *folk*, determina toda la música *pop*, que significativamente (como contracultura) se llama a veces también *beat*. *Pop*, es en música, el resultado progresivo de la fusión de *rock* y *folk*. El psicodelismo de los *hippies* crea el *acid rock*, la pervivencia del *folk*, grupos como Simon and Garfunkel. Pero las características son ya comunes. El *rock*, aporta el ritmo —en sus muchas combinaciones y posibilidades, desde los Beatles a *The Soft Machine* o *Roxy Music*—, aporta su sexualidad, su estilo adolescente, ambiguo. De ahí surgirá el estilo *gay* (David Bowie, por ejemplo), o el Mick Jaeger que en plena actuación, ante el público, saca una barra de carmín, y se



*Mick Jaeger, cantante de los Rollings.*

pinta los labios. *Rock* y *folk*, por diferentes vías, dan al *pop* su agresión, su provocación que puede ser moral o política. Los *Who* rompiendo sus guitarras al final de cada concierto. O el erotismo insinuante de Jim Morrison (el que fue cantante de los Doors). Del *folk* queda el interés por la comunicación literaria de las letras, e incluso cierta politización de fondo, en algunos grupos. Letra que —por herencia del *rock*— se hace comunicación, vivencia y sentimiento en la danza, en la propia incorporación de y a la música. El cantante, lo decíamos ya, es el sacerdote de un rito. Provoca la participación y el éxtasis, como el chamán, transmite recogiendo las fuerzas de la naturaleza. El ritmo, la vida, la excitación, la pasión, el sexo. Así cuando Mick Jaeger arroja agua al público, o golpea con su cinturón de gruesa hebilla metálica el entarimado del escenario como un poseído sacro. O la ya referida cópula con su guitarra de Jimmy Hendrix (que murió en septiembre de 1970, a causa de las drogas). Donovan, en unas declaraciones a la prensa, ha dicho: *La música «pop» es el vehículo religioso perfecto. Es como si Dios hubiera visto toda la fealdad que existe en el mundo y decidido que la música «pop» sea la fuerza del amor y la belleza.*

Comunicación, éxtasis, ritmo, provocación, protesta, arte, gozo —de nuevo invitación al signo *cuerpo*—, sexo, libertad, eso es la música *pop*. Y, por supuesto, una muy importante renovación en la música misma. Ciertamente que muchos cantantes o grupos (los mismos Beatles, antes de desaparecer como conjunto) caen en la comercialización excesiva, o en una música ya academizada y estable, pero la progresión de la música *pop* no se ha detenido nunca (quizá la de la pintura sí). Del *rock* puro al *raga-rock* (con sitar hindú) estamos en una línea que avanza.

Decíamos que el *pop* es la expresión de un estilo de vida. Y ese estilo de vida (que es anhelo de libertad, personalismo, comunicación y, claro es, contracultura) lo representa hoy mejor que nada, en su ritmo, en su fluencia vital, la música. Más comunicativa, más abierta a la participación del receptor (quizá)

que la pintura, el *pop* es el ritmo de una música. Su agitación, su gozo es la contracultura. Su gente la que llenó y participó en el histórico festival de Woodstock en 1969. La nación de Woodstock que pide (como Cohn Bendit) una revolución nacida de la alegría y no del sacrificio.

Una contracultura.

Agresión, sexo, amor, comunicación, júbilo y ritmo. El *pop*. El estilo característico de la adolescencia se convierte en forma de vida.

El cantante se agita en el escenario. Todo refulge. La potencia está al máximo. *Blue-jeans* muy ceñidos, un largo pañuelo al cuello, rímel —tal vez— en los ojos. Todo vibra. El sonido fluye como el agua de un río. Hay peces y escamas. Y la canción continúa: *On with the show, good health to you*. Que siga la función y goces de buena salud.

## LA PSICODELIA

Según Theodore Roszak (en su libro *El nacimiento de una Contracultura*) en buena parte de la actual cultura joven (y yo diría que prácticamente en toda ella) *todos los caminos conducen a la psicodelia*.

Entendemos por *psicodelia* (sin entrar en las detalladas clasificaciones con que los científicos distinguen los diferentes tipos de drogas) cualquier agente psicotrópico —natural o preparado por elaboración química— utilizado para lograr (junto a un posible estado de felicidad) una experiencia visionaria.

Y entonces nos preguntamos, ¿por qué este deseo? Si dejamos de lado el uso místico-religioso que de la droga hicieron —y hacen en sus residuos— las culturas primitivas, veremos